

DaBAR



Ciclo
A

1 de noviembre de 2020
Todos los Santos

nº 57

Año XLVI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

En el Reino de Dios

Si fuéramos conscientes del contexto religioso en el que vivimos, del espacio que puede tener la fe en un mundo donde el individualismo daña a las estructuras de las personas, que les incapacita para descubrir el rostro del hermano en cualquier persona, donde el materialismo, el culto a la estética personal, los ídolos dinero, poder, fama, reconocimiento, egocentrismo, están por encima de las necesidades del hermano, de la comunidad...

¿Dónde queda el reino de Dios? ¿dónde el proyecto de fraternidad de Jesús? ¿dónde está la generación que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob? ¿qué personas de manos inocentes y puro corazón, que no confían en los ídolos, pueden subir al monte del Señor, pueden estar en el recinto sacro? Requisitos para la relación con Dios, como nos recuerda hoy el salmo 23.

Cada vez somos menos quienes creemos y luchamos por la fraternidad, por un proyecto de vida digna para todas las personas, de compartir las canastas de los 5 panes y 2 peces, lo poco que somos y tenemos, puesto que sentimos que gratis lo hemos recibido. En un mundo preocupado por el sálvese quien pueda y tonto el último nadie para su carrera para ayudar a quien se cae...

No obstante, en determinados momentos del año vemos espejismos con los que parece queramos reconfortarnos, desmentir lo que es público y notorio, en las inscripciones de las primeras comuniones, en todos los santos, en las misas de navidad o de la virgen de agosto... confundiendo religión con costumbre. Creo que la persona que mejor me lo ha dicho, sin ninguna vergüenza, fue una peluquera, que me dijo, mi hija hará la comunión porque esto es lo nuestro, es la tradición en España. Otra mamá me dijo hace poco que su hija tenía que hacer la comunión con 9 años porque estas

son cosas que hay que hacer con inocencia, no queda bien vestirse de comunión si eres mayor de 10 años... He oído en las catequesis de padres cosas como toma la comunión porque vive conmigo y mis padres me la dieron a mí, yo no creo en Dios, ni rezo, ni rezaré, solo vengo para que mi hijo comulgue, yo soy el único padre cariñoso que quiero que mi hija conozca... De los 20-40 niños por curso de catequesis de la parroquia, quizás comulguen dos o tres cuyos padres se creen en lo que quieren iniciar a sus hijos. Pero podemos vivir en un espejismo.

Todos los Santos también es una fiesta cultural, donde quizás más presente que Dios, lo están las personas a las que añoramos. Pero nos habla de la experiencia de enfermedad y muerte, que bien acompañadas podrían devolver la esperanza y la fe a gente que ya no puede engañarse, ya no encuentra satisfacción en consumir, en mandar, en satisfacer caprichos (no sólo físicos, sino de manipulación para obtener lo que quiero), en someterse al poderoso puesto que así se siente amparado, recompensado... Es en la noche oscura de la enfermedad propia o de un ser querido, en la muerte propia o de alguien amado, cuando si lo permitimos, caen todas las falsas cuerdas que han sostenido nuestras vidas, llenándola de un aparente sentido, buscando actividad para no mirarse en el espejo que, en silencio y soledad, nos descubre un rostro menos aparente que el que cotidianamente solemos construirnos... quizás en ese momento del dolor, del vacío, de la muerte, de lo desconocido, de infinita vulnerabilidad puede existir la posibilidad del reencuentro con el Dios de Jesús, cuando caen las mascararas y aparecen las lágrimas, que como bien nos recuerda el Papa Francisco tan negadas tenemos en esta sociedad del hoy, del yo, de lo mío...

Pero en ese momento no sé si tenemos preparado el acercamiento, lo que sí sé es que los espejismos anteriores son efectivamente espejismos.

Elena Gascón
elena@dabar.es



Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Después de romper el sexto sello, se desencadena el mal en una dimensión cósmica. Los malvados de este mundo se esconden mientras que los mártires atienden a la llamada de Dios. Aparecen una serie de plagas que corresponden a imágenes de varios profetas. Pero una parte del pueblo escogido ha permanecido fiel y va a formar parte del “resto” que será origen del nuevo pueblo de Dios (6, 12-17).

El resto lo van a formar 144.000, que han sido marcados con “el sello del Dios vivo”. Ese número está compuesto por 12.000 personas de cada una de las 12 tribus. Son el Israel ideal.

El v. 1 no lo leemos, pero introduce la escena: Cuatro ángeles de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra sujetando los cuatro vientos (la tierra era cuadrada según la cosmología bíblica). No pueden hacer daño a la tierra hasta que sean marcados “los servidores de nuestro Dios”. Ese sello con el que van a ser marcados es el bautismo, que les liberará de males y les dará fortaleza. Para el autor del libro, los marcados son los herederos del antiguo Israel, los que se han mantenido fieles. Se nota una impronta cristiana en el relato y se destaca la protección divina a todo el que se ha mantenido fiel (vv. 2-4).

Aparece aquí adelantada la visión del fin del mundo que volverá a verse al final del libro. “Una muchedumbre enorme a la nadie podía contar”. Es el pueblo de Dios reunido delante del trono y del Cordero, con vestiduras blancas y palmas en las manos. Entonan un canto de alabanza por la salvación.

Esta “muchedumbre enorme” pertenece a todas las naciones. Parece que se va cumpliendo la promesa hecha a Abrahán cuando se le prometió que su descendencia sería “como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa”. Esta multitud “estaba de pie”, es decir indicando la victoria y,



concretamente dentro del Apocalipsis, participando de la resurrección de Cristo, a quien se dirigen con cantos (vv. 9-13). Toda esta multitud viene del pasado, de la gran tribulación y han “han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero”. El sacrificio de Cristo lava los pecados (v. 14).

Ahora están en el presente, frente a Dios, dándole culto. Y se asocian a la liturgia celestial (v. 15).

Y será conducido en el futuro en un nuevo éxodo (se recuerda el éxodo de Israel). “El Cordero que está en medio del trono”, que es Cristo resucitado, les conducirá (vv. 16-17).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Segunda Lectura

Un argumento importante para la esperanza cristiana viene dado porque somos hijos de Dios, y el fundamento de esto viene del amor que Dios nos tiene. Tanto el cristiano particular como la comunidad en conjunto deben este ser hijos de Dios a la gracia y a la acción del Espíritu. Gracias a él la existencia cristiana es posible.

Y este ser “hijos de Dios” es un don gratuito que no podemos conseguir con nuestro propio esfuerzo. Recuerda lo que ya se dice en el prólogo del evangelio: “A cuantos la recibieron (la Palabra), a todos aquellos que creen en su nombre, les dio poder para ser hijos de Dios (Jn 1, 12). Y nosotros participamos de ese ser “hijos de Dios” porque estamos unidos a Cristo, el Hijo único. Si permanecemos en él, no solo nos podemos llamar “hijos de Dios”, sino que “en verdad lo somos”. Y todo “por el amor tan grande que nos ha demostrado el Padre”. Ahora, toda esta grandeza para nosotros puede ser motivo de que el mundo se ponga en contra, que no lo conozca porque tampoco ha conocido al Padre ni ha conocido a Jesús (v. 1).

Pero todo esto no es algo ya definitivo. En el futuro “seremos semejantes a él”. Se atreve a afirmar la igualdad con Cristo. Es decir, somos hijos de Dios gracias a Cristo y él es igual a Dios. Todo esto supone una gran transformación. Jesús está junto al Padre y quiere que nosotros estemos allí también. Se puede recordar aquí Jn 17, 25, donde Jesús se dirige al Padre y desea que todos los que le ha dado “puedan estar conmigo donde esté yo, para contemplar tu gloria”. Los discípulos también deben contemplar la gloria del Padre. Y es que Jesús es el mediador: “Quien me ha visto a mi ha visto al Padre” (Jn 14,9) (v. 2).

A partir del v. 3 se va desarrollando la realidad del pecado para dar ocasión a que se manifieste la gracia. Posiblemente el autor tenga en cuenta a los gnósticos que se consideraban prácticamente sin pecado porque creían que su espiritualidad era perfecta. Pero quien peca acaba perteneciendo a este mundo y se vuelve contra la obra de Cristo. Por ello, nuestra esperanza está en Cristo. Si nos acercamos a él, él mismo nos purifica porque él es puro. Y para ello hace falta la fe, una fe abierta a la esperanza que inspire la vida cristiana y la proyecte hacia Dios (v. 3).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

La fiesta de hoy rompe con la dinámica de la lectura continua de los domingos precedentes. Volvemos al primero de los grandes discursos de Mateo, puede que el más importante, el sermón de la montaña constituye el fundamento, los principios programáticos de la vida pública de Jesús en el primer evangelio. Jesús acaba de llamar a los que le habían de seguir y se encuentra en Galilea. Evidentemente, el discurso es una composición propia del autor que recopila las enseñanzas fundamentales y que Lucas localiza en otros lugares y momentos.

Texto

Podemos dividir el texto en dos grandes secciones. Por un lado, los vv. 1-2 son introducción a todo el discurso, mientras que los vv. 3-12 contienen las bienaventuranzas en sí. Los dos primeros versículos van dirigidos a los discípulos, mientras que el resto del texto de hoy se destina a toda la gente que estamos llamados a vivir como cristianos. Mateo sitúa el discurso en un monte para emular que constituye la nueva ley que viene a actualizar la ofrecida por Moisés en el Sinaí. Mateo comenta que Jesús se dirige su mirada a los discípulos, pero hay que tener en cuenta que aún no ha elegido a los doce, por lo tanto, se refiere a todos los que quieren escucharle.

El contenido de las bienaventuranzas, que ya hemos comentado en alguna ocasión, nos ofrece las características de los ciudadanos del Reino que Jesús nos oferta. Nos dice que son pobres en espíritu, lloran, son mansos, tienen hambre y sed de justicia, son misericordiosos, tienen corazón limpio, son pacificadores, saben sufrir la persecución, soportan el insulto y la calumnia con persecución.

La pobreza de espíritu frente a la soberbia imperante en los fariseos, a quienes el cumplimiento no les dejaba experimentar el amor de Dios, mientras que los pecadores, se sabían necesitados de él, de su perdón. Hay muchas formas de llorar, pero Jesús se refiere a los que lloran porque están tristes, los que sufren el dolor de su exclusión, pero también los que sufren el dolor de sus pecados y los de los demás, participando así del dolor del mismo Jesús. Los mansos son los que, capaces de superarse a sí mismos, se olvidan de su egoísmo, centrándose en los demás. Ellos son limpios de corazón, fieles a Dios en sus motivaciones. Buscan la paz, se preocupan por la conversión de los demás, aceptan la voluntad de Dios y por eso están en paz consigo mismos y con los demás. Así, la oferta del Reino de Jesús resulta atrayente a cualquiera, ofrece felicidad. Pero, Jesús quiere enfrentarles con la realidad por eso también están en la lista los perseguidos e insultados, que son consecuencias de defender la justicia y al mismo Jesús y que hay que aceptar con alegría.

Las bienaventuranzas están referidas a actitudes morales y religiosas, y no tanto a situaciones sociales y económicas como puede parecer en una lectura superflua del texto. Aunque sí suponen una protesta al eudemonismo imperante en la sociedad.

Son la proclamación de una ética de la interioridad contra el legalismo fariseo, pero no constituyen la totalidad de la moralidad cristiana, el sermón continúa completando las condiciones de la ciudadanía del Reino.

Pretexto

Si bien, las bienaventuranzas suponen una ética de la interioridad, no completan el ideal moral cristiano. Son el mínimo. Tenemos que ser conscientes de ello. Partamos de ese mínimo y sigamos el camino que nos ofrece.

Enrique Abad
enrique@dabar.es



La solemnidad de este día celebra la santidad de Dios manifestada en sus hijos, los creyentes, como reflejo y extensión de la suya. ¿Cómo podríamos definir la santidad? Hay muchos aspectos y matices que podríamos traer al hablar de ella, pero si Dios es el Santo por excelencia, el solo Santo entre los santos, si la santidad es lo que define a Dios... y Dios es amor, no nos equivocaremos si afirmamos que la santidad es el amor de Dios que se refleja y se manifiesta en aquellos que viven de él y para él.

Cuando hacemos un repaso por lo que sabemos de los distintos santos que conocemos de todos los tiempos, nos damos cuenta enseguida de que han sido personas que han estado especialmente unidas a Dios por el amor. Muchos de ellos, durante toda su vida; otros, después de una conversión, y algunos más... en el último momento de su vida, cuando han recibido el martirio por su amor al Señor. Los santos son personas que se han sentido muy unidas a Dios mediante el amor; han acogido el amor que Dios ha puesto en ellas y lo han convertido en la esencia de sus vidas, Han vivido manifestando ese amor en la entrega, en el servicio, en la renuncia de sí mismos, en el perdón, en la reconciliación, en saber pagar con bienes los males que recibían... Siempre gente de profunda fe, gente que donde mejor se encontraba era en la oración, en la presencia del Señor; que han vivido con entusiasmo la esperanza de unirse definitivamente con Dios en la eternidad, liberados del pecado y de sus imperfecciones.

Sí; otra de las características de los santos es que, aun siendo santos, han tenido una gran conciencia del pecado. Al contrastar el amor que le pueden dar a Dios con el amor que reciben de él, siempre se lamentan de no poder ofrecer a Dios un amor más puro, un amor más limpio, un amor más perfecto. Si para Dios tiene que ser siempre lo mejor que tenemos, ellos no ven suficientemente digna la calidad de su amor para ofrendarla a nuestro creador, y eso les duele en el corazón, de ahí su deseo permanente de superar esta condición humana y unirse a su amor definitivamente en la plenitud del reino.

Notas para la Homilía

Pero esa frustración no los ha convertido en personas serias, amargadas, recelosas... no. Ante todo, ellos han vivido con alegría; con la alegría que da la presencia permanente del Espíritu Santo, la alegría que da siempre la unión espiritual con el Señor, la de conocer y repetir su palabra, la de vivir en su círculo cercano, en su entorno más íntimo, la alegría de quien se siente amado y llamado para amar. Y eso produce en ellos una cualidad sin la cual la santidad no es posible: la felicidad. Solo son santos los que han sido felices; una persona que rebosa amargura no puede llegar a la santidad ni vivir en ella en esas condiciones. Aun en el sufrimiento, en el dolor, en las desgracias, en las enfermedades, en las injusticias vividas... el santo es el que no ha perdido la alegría y la esperanza de la fe y de la unión con el Señor. Por encima de las calamidades, el santo sabe que Dios es más grande, que está por encima, que nadie ni nada puede romper ese vínculo con él y que, aunque aquí lo haya perdido todo, nada de su amor y de su bondad se pierden delante de Dios. Así, pues, amor y felicidad son los dos atributos que acompañan a todo santo, los ingredientes por los que se puede vislumbrar la santidad en mucha gente que vemos y que están cerca de nosotros.

Juan Segura
juan@dabar.es



Dichosos (Mt 5, 1-12)



Para reflexionar

Los santos son de todos los tiempos; desde que Jesús vino al mundo, predicó el reino y se entregó a la cruz, desde su glorificación y el envío del Espíritu Santo, muchísimas personas han hecho patente en sus vidas la santidad de Dios. Menciona a tres santos de los tiempos de Jesús. Menciona tres mujeres santas de los tiempos de Jesús. Menciona a los cuatro santos que escribieron los evangelios. Menciona tres santos -hombres y mujeres- que fundaron órdenes religiosas. Menciona tres nombres de santos recientes, que vivieron en el siglo XX. ¿Sabrías decir el nombre de diez santos -hombres y mujeres- mártires, que han dado su vida por Jesús y por su causa?

Los santos que declara la Iglesia son los que conocemos en todo el mundo, los que celebramos un día al año, pero hay muchos santos anónimos, que nadie conoce y que nadie los declara... son todos los que han vivido una vida ejemplar de amor y de servicio al Señor y que ya llegaron al cielo. La fiesta de hoy los incluye a todos. Entre la gente que conoces y que te rodea, ¿crees que puede haber algún santo y por qué?

Repasa el evangelio de las bienaventuranzas en San Mateo. Mira con cuáles te identificas más, si te ves reflejado en alguna. Mira si querías lograr entrar en alguna de las que quedan. Mira también dónde, en cuál de ellas, le gustaría a Dios encontrarte. Relaciona los valores del reino (paz, justicia, amor, perdón, sencillez...) con las bienaventuranzas. ¿Entendemos ahora un poco mejor a Jesús?

Para la oración

Dios, Padre santo, que participas la santidad de tu ser a nosotros, pobres criaturas imperfectas, haz que crezca en tus fieles cada día el deseo de una mayor perfección, el deseo de avanzar y crecer en santidad y justicia todos nuestros días.



Acepta, Señor, esta ofrenda de pan y de vino, tomados de entre tantos dones con los que nos bendices. Santificalos con tu acción para que, al recibirlos como el cuerpo y la sangre de tu Hijo Jesucristo, acrecienten la santidad en todos nosotros.



En verdad es justo darte gracias y deber nuestro glorificarte, pues en los santos vemos reflejada la imagen de tu santidad. Ellos nos demuestran que el pecado puede ser vencido, que el amor puede más que el odio, la paz que la violencia, el perdón que el rencor y la misericordia más que el resentimiento. En los santos vemos más de cerca el reino de Dios que Jesús nos ha traído para que lo cultivemos y desarrollemos con la esperanza de alcanzar un día su plenitud en la gloria eterna. Así, la iglesia de la tierra se une a la iglesia del cielo para cantar con alegría el himno de tu alabanza.



Es el alimento eucarístico que acabamos de recibir el que nos hace partícipes de tu santidad, el que nos comunica los bienes que de ti proceden, los bienes del cielo. Que ellos nos ayuden a ser ya en esta vida los hombres y mujeres que tú pensaste en el momento de la creación.



Cantos

Entrada. Alabaré, alabaré; Las puertas de la nueva ciudad se abren para ti; Hacia ti, morada santa; Somos un pueblo que camina; Tú vives siempre junto a nosotros de Vicente, en "Tú estás aquí"; Ciudadanos del cielo (de Deiss).

Gloria. De la Misa de Angelis; el de Palazón; Gloria a Dios, gloria al Padre.

Salmo. LdS.

Aleluya. Este es el día en que actuó el Señor.

Ofertorio. Bienaventurados (1CLN-736); Bienaventuranzas de Albarado; En el altar del mundo.

Santo. 1CLNI 1.

Aclamación al Memorial. 1CLN-J 22.

Comunión. Yo le resucitaré (2CLN-O 38); Cerca de Ti, Señor; Beberemos la copa de Cristo; Cristo es la resurrección de Erdozain; No adoréis a nadie.

Final. Acuérdate de Jesucristo; Hoy, Señor, te damos gracias.

La misa de hoy

Monición de entrada

La santidad es la cualidad natural que envuelve a Dios, pues en Dios se encuentran la sede de la bondad, de la misericordia, de la humildad y sencillez, la sede del amor. Así, tal como llegó a decirlo el propio Jesús, "solo Dios es santo". Pero resulta que él nos ha participado a nosotros su propio ser, no en plenitud, pero sí en germen, en semilla. Así que en nosotros está la capacidad de hacer crecer la santidad que Dios ha puesto en cada uno. Quienes la han desarrollado más, son los santos. A todos los celebramos hoy.

Saludo

Que la alegría y la felicidad que produce en nosotros la santidad que Dios ha puesto en cada uno, estén siempre con vosotros.

Acto Penitencial

-Porque en ti no existe el pecado, pero en nosotros sí. Señor, ten piedad.

-Porque, con nuestras actitudes, empañamos y ocultamos tu santidad. Cristo, ten piedad.

-Porque no nos importa, en verdad, acercarnos más a la santidad. Señor, ten piedad.

Monición a la Primera Lectura

La santidad de los hijos de Dios no puede relucir suficientemente en esta vida, en este mundo. El pecado es una realidad omnipresente y se cobra el precio de la santidad en no pocos hijos de Dios. Sin embargo, en la Jerusalén celeste, en la vida

eterna que Dios nos tiene preparada, el pecado ya no existirá y entonces sí, entonces todo, incluso nosotros, emitiremos el resplandor de la santidad de Dios.

Salmo Responsorial (Sal. 23)

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos.

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos.

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Ése recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Éste es el grupo que busca al Señor, que viene a tu presencia, Dios de Jacob.

Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

Monición a la Segunda Lectura

En ese futuro por venir, seremos semejantes a Dios, pues le veremos tal cual es. Si ahora somos hijos, dice San Juan, aún está por ver lo que seremos en ese día de nuestra esperanza. Es en ella donde nos purificamos. El deseo por alcanzar ese día, la pena por querer ser puros y no conseguirlo, el deseo de Dios irán aumentado en nosotros la santidad hasta que la encontremos en plenitud en el Señor glorificado.

Monición a la Lectura Evangélica

Felicidad y santidad son dos caras de una misma moneda. El evangelio de las bienaventuranzas proclama la felicidad que encontrarán en el cielo al encontrar la santidad todos aquellos que en este mundo han sido descartados y despreciados, todos a los que este mundo excluye. Dios incluye a todos en su proyecto de amor, en su proyecto de felicidad, en su proyecto de santidad. Nadie queda fuera.

Oración de los fieles

Dios nos escucha siempre con interés y alegría, como el mejor padre escucha a sus hijos cuando necesitan de él. Oremos, pues, a nuestro Padre del cielo.

-Por la Iglesia, para que brille en el mundo con el resplandor de su santidad. Roguemos al Señor.

-Por los pastores de la Iglesia, para que trasluzcan a todos la santidad de Dios. Roguemos al Señor.

-Por los gobernantes de todo el mundo, para que presten un servicio honesto a toda la sociedad. Roguemos al Señor.

-Por todos nosotros, para que, creciendo cada día en santidad, lleguemos a vivirla en plenitud junto a Dios por toda la eternidad. Roguemos al Señor.

Acoge, Señor, nuestra humilde oración y socorre a tus hijos para que el pecado no oculte en ellos el brillo de tu santidad. Por JCNS.

Despedida

Cada vez que celebramos los sacramentos y participamos del banquete eucarístico, Dios nos llena de nuevo con su santidad. Que sepamos conservarla y aumentarla cada día en nosotros. Vayamos en paz.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Todos los Santos, 1 de noviembre 2020, Año XLVI, Ciclo A

APOCALIPSIS 7,2-4. 9-14

Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar, diciéndoles: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que marquemos en la frente a los siervos de nuestro Dios». Oí también el número de los marcados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel.

Después de esto apareció en la visión una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritaban con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!»

Y todos los ángeles que estaban alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y rindieron homenaje a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Ésos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?» Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Éstos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

I JUAN 3, 1-3

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues illo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él.

Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Todo el que tiene esperanza en él se purifica a si mismo, como él es puro.

MATEO 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los Hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

